

LA NOVELA



DEL SÁBADO

NOEL CLARASO'



*La noche
es menor
de edad*

N.º 92

En una fiesta de disfraces por invitación, un escritor que va vestido de el Zorro habla y baila, o simplemente habla, con varios personajes de la fiesta.

Las cosas que se dicen son ingeniosas y nada frívolas.

El Zorro e Ilusión se cuentan su vida.

EDICIONES CID

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

COLECCION LITERARIA:

La gran borrachera.—Manuel Halcón. 30 pesetas.

Estampas y sainetes.—Antonio Calderón y Eduardo Vázquez. 30 pesetas.

Lo que se habla por ahí.—Antonio Díaz Cañabate. 40 pesetas.

La hija de Jano.—José Antonio Giménez-Arnáu. 40 pesetas.

COLECCION RELIGIOSA «NOTICIA DE LO ETERNO»:

La Misa del día entero.—Padre Federico Sopena. Tela, 50 pesetas.

Seis lecciones sobre la castidad.—Padre Federico Sopena. 20 pesetas.

COLECCION INFANTIL:

Pañolín Rompenubes. — Marcial Suárez. 35 pesetas.

La hermana de Antoñita la Fantástica.—Borita Casas. 30 pesetas.

COLECCION SERIALES RADIOFONICOS:

Se abren las nubes.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Tela, 30 ptas.

La sangre es roja.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Sin derecho a vivir.—Armando M. Guíu y Joaquín Díaz. Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Un arrabal junto al Cielo.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

La casa del odio.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca.—Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Pedidos a: «Ediciones Cid». Desengaño, 9.
Teléfono 31 05 12. — MADRID



**LAS AGENCIAS DE VIAJES
WAGONS LITS // COOK**

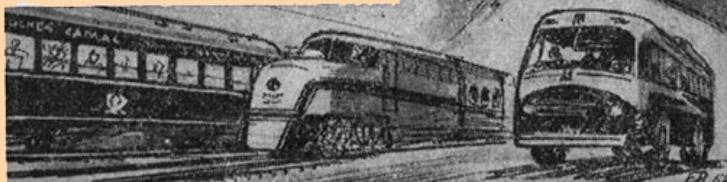
**OFRECEN A USTED LA POSI-
BILIDAD DE VISITAR**

PARIS

EN AUTOPULLMAN. — Once días de viaje. Salidas de Madrid los sábados. Visitando: Burgos, San Sebastián, Bordeaux, Angouleme, Tours, París (cinco días), Orleans, Vierzon, Limoges, Agen, Lourdes, Zaragoza y Alhama. **3.000 ptas. persona, todo incluido**

EN TALGO Y COCHE CAMA. Salidas de Madrid, los sábados. Regreso, los viernes siguientes.—Cinco días en París. Hotel Palais d'Orsay (*habitación con baño*). **5.000 ptas. persona, todo incluido**

EN AVION AIR FRANCE (EN POOL CON IBERIA).—Salidas de Madrid, todos los domingos y regreso los viernes. Cinco días en París. Hotel Palais d'Orsay (*habitación con baño*). **5.000 ptas. persona, todo incluido.**



Para informes e inscripciones, en Madrid:

ALCALA 23, y CALVO SOTELO 14. O en cualquiera de nuestras Agencias.

La actualidad radiofónica en

ONDAS

Lea usted

ONDAS

Los artistas nacionales y extranjeros que
desfilan por las Emisoras de la S. E. R.,
dejan en

ONDAS

la anécdota, el recuerdo, la emoción más
perdurable de su vida. Sus aspiraciones, sus
esperanzas, sus propósitos para futuros
días.

La gran revista

ONDAS

publica:

Los más completos reportajes gráficos;

Animadas entrevistas;

Artículos de los mejores escritores.

Lea usted

ONDAS

**ONDAS se publica los días 1 y 15
de cada mes.**

*Soñé que estaba despierto; me desperté
y vi que estaba dormido.*

El hombre lleva careta y la mujer no. Ella no le ha pedido que se la quitara. No se ha atrevido. No es una invitada a la fiesta. Es una de las criadas de la casa. Va de negro. Llevaba una cofia blanca; pero él le ha pedido que se quitara la cofia. Se lo ha exigido, con voz de mando: «Quítate la cofia. Es atención a los dueños de la casa. Que no les des ocasión de decir eso que se dice siempre, que ¡cómo está el servicio!». Y ella: «Y usted, ¿por qué no se quita la careta?». Y él: «Tutéame; dentro de un rato seremos amigos; anticipáte a la labor del tiempo». Y ella: «No creas que no me gustaría verte la cara». Y él: «Los hombres somos todos muy parecidos».

Él va disfrazado de Zorro del «Signo del Zorro»: un traje negro ajustado al cuerpo, una faja de seda negra, un espadín, el antifaz... Tiene en la mano una copa vacía, y juega con ella ayudándose a hablar. No pone efusión en nada de lo que dice. Habla como por sistema, como en cumplimiento del rito de la noche.

La criada es jovencita. No aparenta más allá de veinte años. Cuando él se refiere a los dueños de la casa, ella encoge ligeramente los hombros, como si nada le importara quedar bien o quedar mal con ellos.

—¿Llevas tiempo aquí?

—Dos meses.

—¿Eres feliz?

—¿Por qué me lo preguntas?

—¡De algo hemos de hablar! ¿Ignoras que hacer preguntas es el modo más eficaz de entrar en conversación?

Están en un saloncito apartado de los tres salones grandes. En ellos es la animación mayor, ya en plena fiesta. La música suena lejana.

—¿Quieres que bailemos?

—Se oye mal desde aquí.

—Importa poco. Yo sólo pretendo tenerte en brazos. Si te pregunto si me dejas que te abrace, me dirás que no. Pero aceptarás bailar. Todo, para que se acepte, se ha de pedir desfigurado. Es una ley social. ¿No lo sabías?

—No. Yo sé pocas cosas.

—Imagina que tú me sigues gustando y que un día te quiero llevar a cenar por ahí. Mi idea sería: «La llevo a cenar; brindo con ella una y otra vez para que beba más de la cuenta... Y después...». Corto la idea aquí. Sin embargo, jamás al proponértelo te hablaría de mi idea. Te diría: «Sé un sitio donde ponen un pisto manchego que te chupas los dedos». Como si mi única intención fuese proporcionarte el placer del pisto.

—Turista ya eres.

—Pues échame champaña, anda. Con la copa vacía en la mano sólo se me ocurren tonterías. Será que la copa llena requiere más tiento y obliga y ciñe más la voluntad. Llena una para ti.

—¿Y si me ven?

—Máxime, te despiden. Tienes puesto en mi casa mientras no te salga otra mejor.

Ella se levanta. Sobre la mesa hay una bandeja con una botella y copas. Ella iba con la bandeja sirviendo champaña a los invitados cuando el Zorro, que estaba solo en el saloncito, la invitó a un rato de conversación. Llena dos copas y ofrece una. Bebe un poco de la otra. Es jovencita y tiene aire. Una belleza no es, pero para lo que los hombres esperan de ella, vale. Fino el cuerpo, buena la estructuración. Resabios de clase, o de falta de clase, sí. El Zorro, entre sorbos, le dice:

—Todo no se puede pedir.

—¿A quién?

—A ti... —Pienso en voz alta.

—Pedir, sí se puede. Faltaría que yo...

—No. Es en otro sentido. Pensaba que no puedo ser tan exigente contigo como sería con la dueña de la casa.

—¿Es muy mayor! ¿No la conoces?

—Pues con sus hijas.

—No tiene. Hay una sobrina que está en el baile. Llegó hace menos de un mes, creo que de Santander. Muy niña.

—¿Guapa?

—¿Qué te diré? Tiene su gracia, cuando le da. Se llama...

—¡No me digas el nombre! Ni el tuyo. Prefiero no saber los nombres hasta el final. Así hablo sin miedo, como si pensara en voz alta. ¿No te gusta a ti pensar en voz alta?

—No sé. Haces preguntas...

—Prefieres que te pregunten cómo te llamas, dónde has nacido, cuántos años tienes, cuántos novios...

—¡Ninguno!

—Por mí, no mientas.

—Es que de veras no tengo ninguno.

—Pues peor para ti. Las mocitas han de tener novio y los mocitos han de tener novia. Y quererse mucho y decírselo. Y ser muy felices y muy desgraciados. Y cambiar con frecuencia de novios. Y mientras se está queriendo a uno, tener el alma abierta a todas las posibilidades, como si ya se estuviera esperando a otro. Bien; eres estupenda: escuchas sin interrumpir, aunque nada te importe lo que te dicen. ¿Bailamos?

—Bueno.

—No es por el baile; es por ti. A mí no me gusta bailar.

—Cuento sí tienes. Pero yo, no pienses que me chupo el dedo.

Se levantan. La música lejana les llega lo suficientemente clara para que la bailen. Bailan bien los dos, cada cual en

su estilo. Los dos dejan, al pasar, la copa vacía sobre la mesa.

Oyen rumor de pasos. Aparece una silueta de mujer en la abertura de la puerta. El cubre con su cuerpo a la mocita.

—Así; que no te vean. Creerán que eres una invitada.

—Todos llevan antifaz.

—Ponte el mío.

—¿Y tú?

—Nadie me conoce.

Él le pone el antifaz. Dan algunas vueltas, ya sin reparo. Nadie en el saloncito. La persona que llegó a la puerta no entró. La criada no aparta los ojos del rostro del hombre.

—¿Qué miras?

—Que no estás nada mal.

Él no parece enterarse del piropo. La ciñe más y, de pronto, sin que ella lo pueda evitar ni trate de evitarlo, la estrecha en sus brazos y la besa. Mientras la besa, piensa: «No valía la pena molestarse tanto; pero, en fin, ya está». Ella, mientras se deja besar, mueve una mano lentamente sobre la espalda del hombre y a esto se reduce toda la manifestación de su vida interna. Pensar, no piensa nada. Pensar, nunca ha pensado nada.

El saloncito tiene una sola puerta grande, protegida por cortinas grises, de terciopelo. Una mano aparta una de las cortinas, y una voz de mujer dice:

—¡Buenas noches! ¡Oh, no se asusten! Creo que podemos ser amigos.



Es una mujer a quien el disfraz da una rara apariencia. La falda es amplísima, hecha de plumas de todos los colores, ceñida por un cinturón muy ancho, de cuero. El cuerpo es como llamas que envuelven la carne, menos en la espalda y en los brazos, donde no hay nada. El cabello forma

una masa levantada alrededor de la cabeza, de color castaño claro. El antifaz negro le cubre toda la cara. Las aberturas de los ojos son pequeñísimas, sin que apenas nada se vislumbre a través de ellas.

El Zorro y la criada se detienen sin separarse. La mujer de la cortina les observa en silencio. No hay ninguna incomodidad en la actitud de los tres personajes. La noche está dedicada a una rara fiesta en la que está permitido casi todo. La consigna es que nadie se sorprenda de lo que vea hacer a los otros. El Zorro, sin soltar a la criada, pregunta:

—¿De qué es tu disfraz?

La mujer de la cortina habla como si no hubiese oído la pregunta:

—Estaba aquí sola cuando has entrado tú. No tenía ganas de conversación, y menos con un hombre. Tontamente me he escondido detrás de la cortina. Te has quedado y no he podido salir. Después ha entrado ella, con el servicio, y he tenido que oír toda la conversación.

—¿Te ha gustado?

—Es difícil que guste una conversación en la que no se tiene parte.

—Uno de los secretos del arte de la vida consiste en vencer dificultades.

Ninguno de los tres se ha movido. La criada es la única que empieza a sentirse incómoda. Pregunta:

—¿Me quedo o me voy?

El Zorro le suelta la mano:

—Por mí, te diría: «Quédate». Pero por ti creo que será mejor que te vayas. Te buscaré más tarde para decirte adiós.

Él recupera el antifaz, y la criada recoge la bandeja con la botella y las copas. Y antes de salir pregunta a la mujer de la cortina:

—¿Champaña?

—Gracias... No tengo sed.

Y luego al Zorro, en voz más baja y menos profesional:

—¿Y tú?

—Gracias... Tampoco tengo sed.

La criada sale lentamente del saloncito, dándose aire, con garbo en el paso. La mujer de la cortina mantiene la mirada fija en ella, por si a ella le da por volver la cabeza. Mira después, con igual arrogancia, al Zorro, y le reprocha:

—¡Con una criada!

Él habla como con humildad, sin poner arrepentimiento ni convicción en las palabras.

—Pues sí. Negarlo es imposible y razonarlo me da pereza. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada. Estaba aquí en busca de soledad. De ti depende que la encuentre ahora.

La mujer de la cortina va lentamente hasta un sofá y se deja caer sentada, sin descomponer la actitud. El hombre se dirige a la puerta y, ya en ella, apoya la espalda en el marco y, sin ningún gesto que acompañe a las palabras, dice:

—No sé quién eres, ni me importa. Un poco afectada tu actitud. La vida es un juego de equilibrios interrumpidos constantemente, y los hombres, vistos desde fuera, dan la impresión de seres que se tambalean. Antes te he preguntado de qué era tu disfraz y no me has contestado.

—De Ilusión.

—¿Son plumas de pájaros vivos?

—Todas las plumas que se llevan son de pájaros muertos.

—¿Cuántos han debido morir para hacer esta falda? ¿Mil? ¿Diez mil?

Ella no contesta. Él no se mueve. Le da pereza quedarse allí, de pie, como un centinela. También le da pereza cambiar de sitio y hasta de posición. Apenas sin mover los brazos se escurre a lo largo del marco de la puerta, hasta quedar sentado en el suelo. Y como remate de su movimiento abre los brazos y saluda:

—¡Ya ves!

—No creas que tenga tanta gracia.

—Tanta, nada tiene. Un poco, sí, señora Ilusión. Dicen que todos nos disfrazamos de lo que quisiéramos ser o tener... Menos yo, que me he disfrazado de lo que tenía uno de mis amigos: este vestido negro. De ti, lo único que sé es que tienes el alma más vieja que la mía... No me interrumpas. Me gusta decir cosas que hagan pensar. Es lo único verdaderamente bueno que tienen las palabras.

Da tres pasos hacia ella, se detiene y, de pronto, grita:

—¡Tu soledad no me resuelve nada! ¡Al cuerno! Y si de veras la deseas, búscala en otra parte.

Se sienta al lado de ella en el mismo sofá, apoya los codos en las rodillas, sostiene la cabeza en las manos abiertas y recita:

*Acude, mujer, aporta la magia de tu alma;
haz ilimitado el rincón entre paredes...
Erige, en tu contorno, un mundo para el hombre.*

Ilusión suspira un poco demasiado fuerte para ser el suspiro natural. Se aparta del Zorro tanto como le permite el sofá, y en tono burlón pregunta:

—¿Procede la inspiración de la mujer que estaba antes aquí, contigo?

—¡Vaya!

Es tan cordial el tono con que el Zorro pronuncia esta palabra, que ella no puede menos que sonreír. El advierte en seguida la sonrisa. Pone infinita atención en todo lo que le rodea y no pierde ninguno de los matices expresivos de las personas que hablan con él. Y con más calor en la voz dice:

—¡Te has reído! No lo puedes negar. La risa de los otros auténticamente provocada por mí, me vierte como un vinillo en la sangre y me emborracha.

Ilusión da la impresión, al contestar, de haber estado pensando en otra cosa.

—¿Qué pensarías de cualquiera de nosotras si la sorprendieras con un criado de la casa, como estabas tú con la criada ésta?

—Lo que pensara dependería del humor de mi duendecillo. Partido tomado en este sentido no tengo ninguno. De cualquier modo, las licencias no tienen jamás el mismo matiz en la mujer que en el hombre.

—Éste es el argumento que esgrimís vosotros como una defensa.

—Sí; los hombres se defienden con él. Mejor: defienden su derecho sobre la mujer que les pertenece. Pero, con todo, no es exactamente el mismo caso. Jamás la aventura del hombre tiene el sentido de «caída» que tiene la aventura de la mujer.

—Nunca la mujer aceptará que exista una ley para ella y otra ley para el hombre.

—Esto es una idea general, y las ideas generales son falsas todas. A mí sólo me gustan porque me incitan a buscar, a través de ellas, la verdad.

Ilusión parece cansada de hablar y de escuchar. Las salidas del Zorro la desconciertan. Siente como una humillación su incapacidad de corresponder con ocurrencias parecidas. Habla seca, refugiada en un tono duro, de reproche:

—De todas formas, no puedes negar que el único móvil de tu actitud con la criada ha sido la vanidad de una conquista fácil.

—No lo niego. Ha sido el único móvil.

—¿Y te sientes orgulloso de ello?

—No. Ni arrepentido. No me da vergüenza ser como soy. No veo que las circunstancias de la vida tengan tanta importancia.

—¿Qué la tiene, entonces?

—¿Esta noche? Para ti, tú; para mí, yo. Si coincidimos, cualquiera que sea la coincidencia, puede que también ten-

ga importancia. La noche es joven. Te buscaré dentro de un par de horas y, si doy contigo, hablaremos. ¿Aceptas la cita?

—¿Qué gano con aceptar?

—Poner motivo a la noche y objeto a la espera. Nada más. Si sabes que tienes algo que hacer dentro de un tiempo, haces mejor todo lo que haces entre tanto. Es viejo.

—¿Por qué no hablamos ahora?

—Porque ahora la que tiene ganas de hablar eres tú; y yo prefiero hablar cuando tengo yo. Y porque tu deseo de soledad se me ha contagiado. Si te conociera, por cumplido, disimularía. Pero no conociéndote, te ruego que me dejes como estaba cuando has salido de la cortina: ¡solo!

Ilusión se levanta y sale precipitadamente del saloncito. El Zorro le grita:

—¡Eh! ¡Si ves a la criadita, mándamela! ¡Dile que la espero!

Ilusión sigue su camino como si no le oyera la voz. Avanza a través de los salones. Su apresuramiento desentona del ritmo, ya lentísimo y un poco adormilado de la fiesta. Cruza hasta la terraza, y allí, al aire libre de la noche, respira hondo y la húmeda oscuridad le sabe a recuerdos y a deseos de contorno duro e impreciso. Enciende un cigarrillo. Llama a uno de los camareros que ofrecen bebidas y le hace llenar una copa. Le tiemblan las manos al levantarla, y, en vez de beber, arroja todo el líquido, en una brusca sacudida, al rostro del camarero, que permanece impassible, aunque absolutamente desconcertado.

Nadie ha visto el gesto de Ilusión. Ella va casi a paso ligero por la terraza, y antes de llegar a ningún sitio, cambia la dirección por otra que tampoco la conducirá a ninguna parte.

* * *

El Zorro ha estado a punto de seguir a Ilusión a través de los salones. Ha contenido en seguida el impulso y ha pensado lo mismo que otras veces en casos parecidos: «El día que sepa seguir mis impulsos empezaré a vivir otra vida, más jugosa tal vez... O menos. Nuestro único valor auténtico es la inteligencia; y no usarla, cuando se tiene, es la antesala de la felicidad».

Una mujer, aparentemente muy joven, habla en voz baja a un criado. El Zorro lo advierte y se les acerca. Oye cómo ella da órdenes. Tiene mucha confianza en su presencia y en su voz, y pregunta:

—¿Eres la hija de los dueños de la casa?

La muchachita le mira los pies antes de contestar, en un movimiento gracioso de la cabeza.

—Los dueños de la casa no tienen hijos. ¿No les conoces?

—No.

—Soy su sobrina. Vivo con ellos desde noviembre. Mis padres viven en Santander. Me llamo María Claudia y cumplí dieciocho años la semana pasada. No me divierto nada. ¿Quieres bailar conmigo?

Y antes de que el Zorro la lleve a bailar, le mira sorprendida y le grita:

—¡Oye! ¡Si no llevas careta!

—Lo llevo en la mano... Lo llevaba...

Busca su antifaz y ve que no lo tiene. Piensa que lo habrá dejado en el saloncito. María Claudia se muestra consternada.

—¡No puedes bailar así! ¡Está prohibido!

—Creo que lo he dejado en un saloncito.

—¡Vamos a buscarlo! ¡Te acompaño!

Van los dos, aprisa. Ella le tiene cogido el brazo. Llegan al saloncito y ven el antifaz en el suelo, junto a uno de los pies del sofá. Ella trata de cogerlo. El trata de cogerlo él. Chocan. Se hacen daño en las cabezas. Se ríen. Ella exclama: